

La feminidad del Ser

1. INTRODUCCIÓN

El auge del feminismo en nuestro tiempo ha suscitado, desde la visión onto-noética, un interés por la «cara femenina de lo divino», el anverso del Ser. Imágenes que estuvieron muy extendidas en la historia, hasta su supresión por las religiones de orientación masculina—dentro del contexto patriarcal—, como el Cristianismo, el Judaísmo y el Islam, están siendo de nuevo reconocidas para descubrir su sentido inicial¹. La feminidad del Ser es un tema que no ha sido considerado dentro del pensamiento occidental, debido al tipo de paradigma en el que se ha apoyado: principalmente de corte platónico-cristiano.

1 «Estimo muy significativo que el autor místico Lao Tzé hable de la madre del mundo y no del padre. A diferencia del padre es siempre un símbolo de no-dualidad. También el tantrismo hindú ha exaltado el aspecto femenino de la divinidad, la existencia, al lado de cada dios, de un poder femenino, que es el que realmente actúa. Porque actúa sin actuar». (Salvador Paniker, *Aproximación al origen*, Kairós, Barcelona, 4.ª ed., 1985, 20). «Eleusis ha sido un centro de iniciación espiritual que estuvo abierto durante más de dos mil años, brindando a los peregrinos una visión (epoptía) que unía el cielo a la tierra pero que, a la vez, les recordaba los avatares de Démeter, la Madre Tierra, y de su hija Perséfone, responsables del don de la agricultura, hecho esencialmente femenino». (Albert Hoffman, «El camino a Eléusis», *Rev. Integral*, 121, 1989, 61-62).

Si partimos del axioma ontooético bipolar de que existe los aspectos masculino y femenino de la naturaleza humana, entonces cada persona es el resultado arquetípico de lo femenino y lo masculino. En el mismo Génesis, desde la visión judía, se refleja la condición del SER: Femenino y Masculino². Al lado de los relatos austeros de un Dios masculino, el «Cantar de los Cantares» es el más profundo canto de amor al mundo que es mujer y jardín, reflejo del lado oculto del ser: la Femenidad. El SER, en todos los niveles ontooéticos, es Masculinidad y Femenidad. Y puesto que el primer aspecto (la masculinidad) es y ha sido el más desarrollado de toda la historia de la filosofía, la ciencia y el pensamiento en general, nuestra labor será desarrollar la otra faceta (la feminidad del ser), por ser la más desconocida y la menos tratada en la literatura y filosofía occidental, aunque no por ello menos sabido desde la vivencia intuitiva (recuérdense los conceptos de Musa, Eurídice, Diosa...). El mismo Goethe en el Fausto nos invita a esta investigación cuando expresa que «El Eterno femenino nos atrae hacia el cielo»³.

En esta sociedad se ha favorecido más el arquetipo masculino que el femenino. A los hombres, especialmente en la cultura occidental, se les ha enseñado a temer y rechazar las cualidades «femeninas» de su propia naturaleza, tales como la capacidad de sentir profundamente y el impulso nutricional. Sin embargo, dentro del contexto cristiano, Jesucristo representa valores de paz, amor e igualdad, valores considerados como propios de una sensibilidad femenina; ser femenino no tiene connotaciones sexistas, son cualidades atribuibles a ambos sexos.

En muchas tradiciones orientales, el equilibrio dinámico entre los modos de conciencia masculino y femenina es uno de los principales propósitos de investigación en la conciencia. Lo que se entiende por masculino y femenino son resultados de la cultura (Oakley, Margaret Mead), se trata ahora de recuperar los valores femeninos más genuinos

2 «Dios creó al hombre a su imagen y semejanza: MACHO Y HEMBRA los creó». (*Génesis 1, 26-27*).

3 Ver obra de Goethe, *Fausto*, Trad. Formosa Torres Felia, Catalana, Barcelona, 1989, 96.

nos, de la naturaleza auténtica de la feminidad⁴, una vez desposeídos del contenido alienante adquirido a lo largo de la Historia (motivado por la ausencia de tales valores, una de las causas determinantes de la crisis actual de la cultura patriarcal). Si bien el ego masculino y la consciencia patriarcal han hecho grandes progresos en el campo de la ciencia y la tecnología, han perdido de alguna manera, en su intento por liberarse de lo inconsciente, su contacto con la Tierra y se han lanzado al exterior para conquistar y dominar la naturaleza superficial y el Cosmos.

2. RECORRIDO HISTÓRICO

Hemos comprobado en las diversas religiones, a través de los valores éticos inculcados a los que se ha dado preponderancia, qué aspectos han interesado desarrollar de la persona. Por un lado están las religiones que expresan la masculinidad del Ser, volcadas hacia virtudes como la fuerza, el valor, el espíritu de conquista, la severidad y el castigo... Por otro lado, las religiones que manifestaron el aspecto femenino, antiguas herederas de las tradiciones del Paleolítico y Neolítico ofrecían culto a la diosa-madre y practicaban las virtudes consideradas femeninas: paz, tranquilidad, fecundidad, igualdad, adaptación al medio... Esta comprensión intuitiva de la FEMINIDAD DEL SER se ha desarrollado en numerosos momentos de la historia antigua de la humanidad.

Cada cultura ha expresado dicha vivencia bajo los esquemas de su mentalidad particular (sin que por ello la intuición de fondo variase

4 Sólo así podemos comprender vivencias como las que nos expresa el poeta Fernando Pessoa: «Los brazos de todos los atletas me estrecharon, súbitamente femenino, y yo, sólo de pensarlo me desmayé entre muslos imaginados» (Fernando Pessoa, *Antología de Alvaro de Campos*, Editorial Nacional, Madrid, 1984, 157); o vivencias como la de Santiago Pérez Gago: «La deponencia ontooética / y la hipostasia / son colorarios ingénitos / de este axioma radical (lo sagrado). / Mi sed de ser, engendrado / en virginidad azul / y dado a luz en pureza / es respiro radical de este sacro parentesco» (Pérez Gago, *A la escucha de la luz*, vol I, San Esteban, Salamanca, 1995, 81).

lo más mínimo). La cultura hebrea, por ejemplo, es básicamente masculina, pero el espíritu santo es femenino⁵. La paloma que todavía se encuentra en muchas iglesias y es venerada como el mensajero de Dios, portadora de la Sabiduría, ha sido conocida, desde todos los tiempos, como la mensajera y la encarnación de la *Magna Mater*: la que brilla para todos. Esta *madre* que es *dadora* de todo se halla una y otra vez en las mitologías primitivas como la *fuelle originaria de la Tierra*. La Luna (expresión de la *Mater*) era el huevo del mundo del que surgieron todas las cosas.

La cultura matriarcal está llena de divinidades femeninas, especialmente maternas. El arquetipo de la Gran Diosa, la Antigua Madre que ha aparecido bajo numerosas formas a lo largo de la historia está surgiendo actualmente. En todos los lugares del mundo los seres humanos han concebido una Gran Madre, una gran mujer que cuida desde el cielo o desde el lugar de los dioses. Era venerada en la antigua Babilonia, en el cercano Este, en Egipto, en Roma, en la Europa Medieval, en la cultura Celta, en África, en Australia, en Polinesia, en la India, etc.

Por lo tanto, existe una rica mitología y rituales mágicos de las diosas sagradas y las sacerdotisas de la antigüedad que es preciso comprender. MITOLOGÍA DE LAS DIOSAS que preceden a todas las religiones patriarcales y existió en todas las culturas antiguas. Es indudablemente sospechoso que mitologías y leyendas tan distantes (que han tenido su origen tan lejos en el espacio y el tiempo unas de otras) sea, sin embargo, tan parecidas. El anverso de lo sacro (la feminidad) ha recibido diversos nombres según las funciones que expresaban en las culturas:

5 «Desde que Dios es la fuente más sublime de todas las perfecciones en el orden creado, tiene que ser también la fuente de la eternidad, la suprema perfección femenina. Según Donald Nicholl, San Efrén el Sirio (306-373) se refería al Espíritu Santo como la Madre en Dios, el Eterno femenino en Dios. San Anselmo de Canterbury se dirigía a Jesús como Madre suya: «Y tú, Jesús, Señor bueno, ¿no eres también madre? ¿Es que no será madre el que como una gallina reúne a sus polluelos bajo sus alas? De verdad, Señor, ¡Tú eres mi madre!». (Leonardo Boff, *El rostro materno de Dios*, Ed. Paulinas, Madrid, 3.ª ed., 1981, 106).

Akewa: diosa del pueblo Toba de Argentina.

Afrodita: «la Reina del Cielo» para los griegos; nacida de la espuma de una ola oceánica, fue honrada como diosa del amor y la belleza; su presencia enamoraba a hombres y deidades por igual.

Artemisa: diosa griega de la caza, y protectora de los animales y los bosques; fue una virgen eterna (que el hombre no consiguió domar); es símbolo del espíritu femenino independiente.

Astarté: una de las formas más antiguas de la Gran Diosa; de origen sumerio, pero adorada de diversas formas por todas las culturas indoeuropeas tempranas; gobernaba los espíritus de los muertos, era la reina de las estrellas.

Atenea: la diosa griega de la sabiduría, la cultura y la civilización; nodriza de las artes, la gran tejedora. Representada a menudo con armadura, era una guerrera, la protectora de la ciudad que lleva su nombre, Atenas, y asociada al triunfo de la voluntad y la razón.

Cerredwin: diosa celta conocida por su sabiduría, su capacidad de cambiar las formas, y su don de la profecía; representada con frecuencia como la hembra preñada del tejón; también era una diosa de la fertilidad.

Chicomecoatl: diosa azteca llamada la gran madre del grano.

Cibeles la gran diosa madre de Asia Menor transplantada a Grecia y después a Roma; la representaban tanto en forma de madre leona como de abeja reina.

Cuatilicue: madre de todas las deidades aztecas; dadora de vida y de muerte.

Deméter: diosa griega de la fertilidad y la agricultura; conocida también como la madre de los cereales. El mito de Deméter y Perséfone se convirtió en la base de los afamados Misterios Eleusinos.

Diana: versión romana de Artemisa; diosa de la raza, madre de los animales, protectora de todas las criaturas salvajes, incluidos los aspectos indómitos de la mente.

Eva: la mujer por excelencia, que conduce a la humanidad al conocimiento.

Gaia: diosa griega de la Tierra, que dio vida al mundo.

Ganga: diosa hindú, el espíritu del río Ganges «que todo lo purifica».

Hécates: diosa griega que gobierna el umbral del mundo subterráneo; asociada a la luna; más adelante, conocida como diosa de la magia.

Hera: diosa del matrimonio para los griegos, que reinaba desde su hogar en lo alto del Monte Olimpo; mujer de Zeus, la mitología griega está llena de historias sobre sus celos y su ira legendarios por la infidelidad de su esposo; las imágenes asociadas a ella, tales como la Vía Láctea y la vaca sagrada, sugieren que Hera fue una forma de la Gran Dios Madre.

Inanna: la deidad sumeria más importante; reina de los cielos y uno de los más antiguos mitos de la muerte y renacimiento; diosa de la fertilidad y del viaje de transformación.

Ishtar: diosa de los cielos; la forma más popular de la Diosa entre los pueblos semitas de Mesopotamia. Algunos la consideran una variante de Inanna; asociada a la muerte y el renacimiento, y la sexualidad.

Isis: diosa egipcia primitiva; hija de Nut (diosa del cielo); regente de la noche y maestra de la magia, diosa de la sabiduría y la agricultura. Arquetipo de la madre como símbolo del eterno retorno de la vida.

Izanami: antigua diosa japonesa asociada a la creación de la vida y la tierra; llamada «la Augusta Mujer que Invita».

Kali: diosa hindú de la destrucción y el nacimiento; conocida como la madre oscura, simboliza el comienzo y el fin de la existencia. A veces conocida bajo su aspecto feroz, se dice que «come» karma.

Lilith: según la tradición bíblica, fue la primera mujer de Adán; denostada en la tradición judía, las feministas modernas la han resucitado como símbolo de liberación frente a las religiones predominantemente masculinas que anatemizan la espiritualidad de lo femenino.

Maya: diosa hindú, mujer enmascarada del vacío primordial. Maya también hace referencia al velo de la ilusión del mundo fenomenológico. En el budismo, la Reina Maya era la madre de Buda.

Mboze: la diosa de la lluvia del pueblo Woyo del Zaire.

Mielikki: en la tradición escandinava, la diosa del bosque y protectora de los animales.

Morgana: el hada reina/diosa de las tradiciones celta, francesa e italiana.

Nidaba: antigua diosa sumeria; habitualmente representada con cola de serpiente, se cree que estuvo asociada al nacimiento de la escritura.

Oya: diosa de la tradición Yoruba de África y el Caribe. Aparece bajo las formas naturales del viento y del fuego, y del búfalo africano. Patrona del poder femenino.

Parvati: diosa hindú, hija de las montañas del Himalaya.

Paso Wee: la mujer búfalo, una legendaria curandera nativa americana (Kiowa).

Pele: diosa dawayana del fuego y los volcanes. Pele representa las fuerzas de la creación.

Rhiannon: diosa galesa, normalmente representada montando un pálido caballo blanco y llevando un mágico saco de abundancia.

Saraswati: diosa hindú honrada como la musa de las artes y la música.

Shakti: el poder cósmico esencial del hinduismo. En el yoga tántrico, la serpiente de la Kundalini; la fuerza femenina necesaria para llevar a la acción a la fuerza masculina.

Shekhina: en la tradición judía, la Novia del Sabato, el principio femenino divino. Shekhina ha asumido una presencia especialmente importante para las feministas judías modernas en su lucha por encontrar un lugar para la espiritualidad de lo femenino en una religión de histórica orientación masculina.

Sofía: espíritu de la sabiduría, retratada con frecuencia en forma de paloma blanca. Sofía tiene sus raíces en la cultura griega, y la tradición gnóstica la llamaba Hagia sophia (la Gran Madre). Su presencia como musa de sabiduría perduró hasta bien entrados los tiempos medievales cristianos.

Uma: una diosa hindú, la «paz de la noche».

Yemaya: una deidad primitiva de los Yoruba africanos y afrocaribeños; llamada la Reina Madre, representa el océano, y es considerada la madre de toda creación.

Todas estas diosas manifiestan un rostro de lo imperecedero, de lo inexplicable, de la Alfaguara que en estos momentos de la historia de la humanidad (al menos la occidental) consideramos importante recuperar.

Con la aparición del patriarcado, las divinidades comenzaron a relacionarse con el cielo y los reinos celestiales, ocultando la condición primordial de la feminidad bajo una perspectiva dualista: la tierra para los hombres, y el cielo para los dioses. Judaísmo, Cristianismo y la mayoría de los filósofos presocráticos difundieron la idea de que las regiones celestes más elevadas eran gobernadas por deidades y fuerzas masculinas (el Destino, el Logos, el Nomos...), fuentes de poder y autoridad en el mundo. En consecuencia se legitimaron las tendencias crecientes para la supremacía de lo masculino y sus valores correspondientes. Sin embargo, en lo que respecta a los valores tribales, y saberes religiosos esotéricos se enfatizaba lo *mágico*, lo *místico* y lo *intuitivo*, como vías de acceso al saber que tenía en cuenta los dos ámbitos: feminidad y masculinidad.

Han pasado más de dos mil años desde que la feminidad del ser fue reconocida como la fuerza espiritual primigenia de la tierra. La idea de un sólo dios padre del cielo aún era relativamente nueva cuando el hijo del carpintero nació para originar el gnosticismo, la Iglesia romana, el protestantismo y todas las Iglesias cristianas fundamentalistas contemporáneas. Hoy, cuando la violencia contra muchas mujeres y niñas es epidemia y la destrucción de la tierra se halla en un punto crucial y extremo, surge el reconocimiento del poder transformador de la feminidad del Ser para presentarnos indicaciones en este infierno que nosotros mismos hemos creado.

Como principio paradójico universal, la feminidad es la presencia sin rostro que se introduce en los asuntos terrenales ordinarios. Según la ancestral sabiduría de los campesinos, segar el heno es un modo de peinar el cabello de la Madre. El rostro femenino del ser se ha escondido en las complejidades de la razón, la religión organizada o el patriarcado, pero renace una y otra vez para ser retomada bajo formas más acordes a su presencia: el canto, la danza, los diversos medios artísticos que hemos creado la humanidad. El aspecto femenino del ser ha

permanecido como un misterio existencial desde las primeras culturas hasta la historia más reciente. En sus diversos semblantes culturales, ha expresado la riqueza que ahora hemos de recuperar y equilibrar con el aspecto masculino del Ser. El principio femenino es el principio restaurador y madre.

3. NATURALEZA FEMENINA DEL SER

La autora teosófica Madame Blavatsky desarrolló un profundo y detallado estudio para recalcar la importancia del Eterno femenino o diosa-madre: la Matriz Universal que aún no ha sido fecundada, Alma Universal, Eterno femenino que, en unidad con el Eterno masculino, dan sentido a todo lo creado en «aparente separación»: «el Padre-Madre teje un tul, cuyo extremo superior está unido al Espíritu, la luz de la oscuridad divina; y el inferior a su cola sombría, la Materia. Ese tul es el universo, tejido con las Dos Substancias hechas Una»⁶.

Para el hindú común, la forma más popular de acercarse a lo sacro es adorando en forma de dios o diosa. Las tres divinidades más veneradas en la India son Shiva, Visnú y Shakti (la Madre divina), ésta última es la diosa arquetipo que en sus muchas representaciones, expresa la energía femenina del universo. El lado femenino del ser, es una parte completamente integrada en lo divino de la India.

Los taoístas están convencidos de que despegando lo femenino de la naturaleza humana, es posible llegar a una vida en armonía y equilibrio desde el Tao o proceso del universo —El Camino, El Uno—. Éste es de naturaleza cíclica, cambiante y dinámica, y se rige por las estructuras de los opuestos. Un par de ellos son Yn y Yang: dos principios ontológicos universales que forman la base de la filosofía taoísta⁷, el

6 Ver en Blavatsky, H. P., *Las Estancias de Dzyan*, Sirio, Málaga, 229.

7 Las obras claves para profundizar en este tema son el «I Ching» y el «Tao te Ching». De esta última extractamos estos dos poemas: «El Valle (lo femenino) y el Espíritu (lo masculino) nunca mueren./ Ambos forman la MADRE MÍSTICA/ en cuyo vientre tienen origen el Cielo y la Tierra./ Este origen parece permanecer siempre,/ y nunca puede ser consumido». (Lao Tzé, *Tao te Ching*, Morata, Madrid, 5.ª ed., 1980, I, 6). «Hay

primero corresponde a la feminidad, y el segundo a la masculinidad, y ambos se complementan mutuamente.

Yn es lo fuerte, lo masculino, lo creativo, asociado con el cielo; Yang es la oscuridad, lo receptivo, lo femenino, el elemento materno, representado por la tierra. El cielo está arriba y lleno de movimientos, la tierra está abajo en reposo. En el reino del pensamiento, yn es la comple y femenina mentalidad intuitiva, yang es el claro y racional intelecto masculino. Yn es la tranquilidad, quietud contemplativa del sabio, yang lo fuerte, la obra creativa del rey.

Teniendo en cuenta este fondo sapiencial, consideramos, pues, en el SER, dos aspectos fundamentales: *su aspecto manifestado y su aspecto inmanifestado*⁸. Su aspecto manifestado está constituido por todas las entidades existentes o creadas, que en su conjunto es denominado Universo. Pero el SER no se agota en el Universo, porque éste, por estar sometido a las limitaciones espacio-temporales (y otras), no es infinito, mientras que *el Ser sí es infinito*. Por lo tanto lo que le falta al Universo para «completar» al Ser constituye el aspecto inmanifestado de éste último.

Respetando la tradición de la historia del pensamiento (sea filosófico, religioso...) de cualquier cultura⁹, identificamos el aspecto inmanifestado del SER con la noche del Ser, su lado oscuro, el Misterio, el

algo inherente y natural / que existió antes del cielo y la tierra./ Inmóvil e insondable, / permanece solo y jamás se modifica; / lo llena todo y nunca se extingue./ Lo podemos considerar MADRE del Universo». (Lao Tzé, *Tao te Ching*, o. c., I, 25).

8 Esta apreciación es paralela (aunque con matices) a la diferenciación que Hegel hace de la Idea en sí y de la Idea fuera de sí. La primera constituye la inmanifestación del Ser (la nada), y la segunda la manifestación del Ser (el mundo). También puede resultar sugerente el paralelismo que encontramos en la metafísica hindú: Brahma vive, y en su vida experimenta día y noche. El día de Brahma es el Universo creado, la noche de Brahma es la inexistencia del Universo o la Nada.

9 Podemos indicar para este punto las cosmovisiones que se encuentran en: el Taoísmo, el Baghavad-Ghita, el Vedanta Advaita, el Tantra Yoga, el Budismo Zen, el Sufismo, la religión de los Druidas Celtas, las religiones místicas de Eleusis, el Orfismo, el misticismo heterodoxo cristiano de los primeros siglos, las corrientes heréticas de la Edad Media, la Alquimia del Renacimiento, etc. «Soy innaciente, mi cuerpo trascendental nunca se deteriora. Soy la MADRE de todas las entidades vivientes». (*Baghavad Gitá*. Dirección y Presentación de Annie Besant, Humánitas, Barcelona, 1990, Cap. IV, 6).

Útero Óptico, y por lo tanto con LA NADA PLENA. Del mismo modo, identificamos el aspecto manifestado con el día del Ser, su lado diáfano, lo Luminoso, la Creación Universal, y por lo tanto con EL TODO. (Ni la vivencia de la NADA, ni la vivencia del TODO, coinciden con el «Dios» antropomorfo de muchas religiones y creencias, que no deja de ser un sub-producto de la mente dual, más relacionada con el espíritu masculino que femenino conceptual). Por ello, resulta evidente que el aspecto inmanifestado del Ser (la Nada) constituye su FEMINIDAD (YN), mientras que el aspecto manifestado (el Todo) es su MASCULINIDAD (YANG). Esta Realidad, desde su rostro femenino, se concibe como la Gran Madre (a veces como la Gran Amante), que *contiene en sí misma* todas las potencialidades in-manifestadas de la existencia.

En el sistema filosófico hindú Samkhya, el Espíritu (Purusha, Principio masculino) o «Sí-Mismo», junto con la Naturaleza (Prakriti, Principio femenino), forman dos grandes realidades eternas que están en el origen del mundo. La unión del Espíritu con la Naturaleza, engendra el mundo sensible. La Feminidad del Ser queda concebida como fecundidad, mientras que la Masculinidad del Ser es su ámbito materializado (de fecundación, manifestación en objetos), según vamos descendiendo en las regiones ópticas. Recordemos que en los textos del Maestro Eckart se comprende la Feminidad como «Divinidad» (LA Divinidad) o Útero Criador, y la Masculinidad como «Deus» (EL Dios) o Hacedor del Universo.

A partir de ahora denominaremos «Anverso» al primer aspecto, y «Reverso» al segundo. La corriente de saber no-dual o unitivo, admite la existencia de dos rostros del Ser: el ANVERSO, que es lo femenino, lo no-manifestado, y por ello originario¹⁰; y el REVERSO, que es lo masculino, lo manifestado, y por ello derivado (no originario). El Reverso del Ser es el mundo de la existencia, lo aparente. El Anverso, sin embargo, es la cara esencial del Ser, la biografía de la esencia, su auténtico rostro de luz (aunque para nosotros aparezca como oscuro a causa de nuestra mirada dual), la pura sub-jetividad o sí-mismo. *El*

10 Ver en las obras del profesor Santiago Pérez Gago desde la denominada Estética Originaria.

anverso ontooético es la Feminidad del Ser: centro originario en su aspecto de reposo nutricional, de donde surgen todas las manifestaciones (al igual que de la luz surgen los colores, como luz refractada), centro primordial, que por ello mismo es «quien ve».

Aunque hemos propuesto como fundamento esencial del Ser su Feminidad, no podemos olvidar que esto es tan sólo un aspecto de lo UNO, en concreto su Anverso, pues existe el otro aspecto, o reverso, su Masculinidad. La Feminidad, en su aspecto *Inmanifestado*¹¹ es LA NADA (NATURA NASCI), y en su aspecto *Manifestado* EL FLUIR DE LA EXISTENCIA; mientras que la Masculinidad en su aspecto *Inmanifestado* es LOS ARQUETIPOS, y en su aspecto *Manifestado* es LOS OBJETOS CREADOS. Gráficamente lo indicaríamos de la siguiente manera:

SER	FEMINIDAD	MASCULINIDAD
INMANIFESTADO	La Nada	Los arquetipos
MANIFESTADO	El fluir de la existencia	Los objetos concretos

Estos dos rostros del Ser, Anverso y Reverso, no son una oposición eterna e irreconciliable, sino al contrario, son una diada de complementarios que mutuamente se necesitan. Pero, sin embargo, no tienen la misma intensidad de luz: el Anverso (Feminidad) es LUZ, el Reverso (Masculinidad) es coloración (configuración). No obstante, puesto que entendemos que el reverso es la emanación o manifestación del anverso, hay una *identidad e integridad* entre ambos, porque el SER «ES» (Parménides).

4. LA SABIDURÍA: ROSTRO FEMENINO DE LO NOÉTICO

Originalmente la Filosofía, como «Amor a la Sabiduría», comenzó a partir de la sensación de confusión ante el Universo, de la admira-

¹¹ La armonía originaria: «Otro modo de no percedera/música, que es la fuente y la primera» (Fray Luis de León). Este autor, al igual que Schopenhauer, como todas las tradiciones y filosofías no-dualistas hacen referencia a esta idea como la base de toda la realidad: lo inmanifestado.

ción (en primer lugar) y de los interrogantes (en segundo lugar) que se plantearon los filósofos. Los intentos de los filósofos griegos albergaban la preocupación y la necesidad de comprensión de la naturaleza de las cosas. Asimismo intentaron encontrar el fundamento físico y metafísico de la realidad. Posiblemente alguno de ellos reconoció una condición básica y originaria a partir de la cual surgieron las leyes del Universo. Esta condición era el **ÁMBITO FEMENINO ANTERIOR** a toda exteriorización objetual. Dicho ámbito provocaba el estado de *admiración y entusiasmo* previos al proceso interrogativo ante el mundo. Platón en sus últimas obras habló del Eros como *vivencia amorosa* del mundo. En este estado el alma requería de la **ADMIRACIÓN** para comprender la cara oculta de las cosas. Los primeros griegos mantuvieron este estado, que les permitió acceder a un conocimiento de las cosas idéntico al que estamos indicando en el trabajo. Este conocimiento, en el fondo, era **SABIDURÍA**.

En cualquiera de las corrientes filosóficas de la antigüedad a la meta estaba en la búsqueda de la Sabiduría, a la cual frecuentemente *se la identificaba con alguna propiedad o aspecto de lo femenino*. La comprensión de la Sabiduría se relacionaba con la recuperación de una apreciación no-dual-unitiva de la naturaleza, y este conocimiento se consideraba además como la base imprescindible que conducía a una vida iluminada.

Los pitagóricos pensaban que la sabiduría era el **ALMA** de un mundo femenino omnienvolvente. En China los taoístas enfatizaban el restablecimiento de la Sabiduría dentro de uno mismo como una «adhesión a lo femenino». La «Hagia Sophia» de los cristianos, la «Anima Mundi» de los alquimistas, o la «Prajnaparamita» (o conocimiento transcendental) de los budistas, todas ellas nos evocan *la propiedad femenina del SABER*. En realidad, *el gran legado de las corrientes de sabiduría tradicional, fue la naturaleza de la Sabiduría, y no el «Logos» frente al «Mitos», como hemos aprendido en la Historia de la Filosofía del pensamiento occidental*. La Sophia, la Sagrada Sabiduría de los gnósticos, es, de hecho, la Luz de la Madre Celestial, y se compara al Espíritu Santo (que los gnósticos interpretan como algo femenino).

En diversas sociedades la sabiduría se ha personificado como una diosa o una mujer espiritualmente inspirada e inspiradora (recuérdese

la Beatriz de Dante o lo femenino que eternamente nos guía hacia lo alto de Goethe). La representación que hacían los humanos de la Sabiduría como «diosa madre» consistía en una personificación de la misma que evocaba la necesidad y la conquista de estas diosas mediante el despertar interior o personal. En la Biblia, la Sabiduría es considerada como la Maestra que hace descubrir al ser humano todos los elementos, aspectos y procesos del Universo. En el Budismo se considera a la Sabiduría como originadora de la iluminación. En la Antigua Grecia la Sabiduría se presentaba por Atenea, que era la diosa que gobernaba los aspectos morales e intelectuales de la vida humana. Metafóricamente en el libro hebreo de los Proverbios la Sabiduría existe con anterioridad a la concepción de la Luz, y la oscuridad no puede triunfar sobre ella.

La Sabiduría, por tanto, es previa a toda experiencia conceptual, es experiencia «pre-conceptual». Carece de un contenido intrínseco y es proceso incesante, hilo conductor de todo lo existente. Es y existe al margen de nuestras intenciones de conseguirla o ignorarla. Este planteamiento nos hace comprender la relación que hay entre Sabiduría y Ser, que es visión onto-noética. Es posible encontrar la naturaleza femenina sapiencial en el mundo interior de la experiencia no-conceptual, lo que denominamos: la Vivencia Originaria, desde el *Ojo Intuitivo Contemplativo*. Tal vivencia brinda la oportunidad de entrar en la *naturaleza Sagrada*, secreta.

5. CARACTERÍSTICAS DE LA FEMINIDAD

Para indicar la naturaleza de la feminidad, y delinear o vertebrar sus rasgos onto-noéticos fundamentales, proponemos las siguientes características, que serán desarrolladas a continuación:

- La feminidad como NADA fecunda y ÚTERO originario.
- La feminidad como vivencia intuitiva no-dual.
- La feminidad como connaturalidad o convibración.
- La feminidad como aptitud deponente o receptiva.
- La feminidad como fluvialidad del ser.

5.1. *La feminidad como nada fecunda y útero originario*

Es posible comprender esta expresión de la feminidad como NADA FECUNDA si admitimos la noción del vacío pleno¹², de la nada como «Natura nasci» propuesta en Estética Originaria, la flor y nata del ser, denominada así porque no tiene ninguna delimitación, pues puede serlo todo, y no es, en concreto, nada. La «Natura nasci» es el Ser en potencia, que nos encanta por el saber de connaturalidad. No puede objetivarse pues «es lo sagrado que nos pronuncia». Concebida así, la feminidad del SER nos lleva a proponer que es también Útero originario.

Precediendo a cualquier origen discernible hay un ámbito óptico indefinido, perennemente fértil. Este originario e ilimitado ámbito es la cualidad fundamental de lo femenino. Útero anterior, interior, simultáneo y contemporáneo de todo lo ex-istente. Es la estrella nutricia, estrella madre: el hogar.

El que a través de la vivencia unitiva (fusión de sujeto y objeto), podamos reconocer la naturaleza transitoria de las cosas, nos lleva al omnipresente vacío fundamental que subyace al mundo del cambio permanente. Este vacío identificado como ÚTERO ORIGINARIO es cualidad intrínseca de la realidad femenina del SER. A partir de este aspecto se puede producir en el sujeto una creciente capacidad de ver y comulgar con la realidad fenoménica. Se le denomina *silencio* porque es PROTOPALABRA. Se le denomina *vacío* en la medida en que Ella es el hueco de donde surgen los objetos; Ella no pertenece a las coordenadas espacio-temporales, no está limitada por éstas, sino que las contiene. Por todo ello se le considera «útero originario», «espacio no manifestado», «centro originario» de donde surgen todas las apariencias.

5.2. *La feminidad como vivencia intuitiva no-dual*

Tenemos la experiencia thanática esquizofrénica de estar separados de la realidad, de que nosotros, como sujetos conocedores, y el

12 «En el principio/ había la nada./ Y de la nada nació todo,/ nada vacía llena toda ella de la urgencia de ser». (Ernesto Cardenal, *Cántico Cósmico*, Trotta, Madrid, 1992, 25). Ver también en las obras de S. Pérez Gago.

mundo, somos entidades separadas. Lo damos por hecho, y entonces consolidamos la división entre uno mismo y el mundo.

En esta experiencia el yo adquiere la característica de una fortaleza o castillo separado del exterior. Sin embargo, junto a estas vivencias thanáticas de separación existen otras vivencias de unidad con la realidad. *Desde estas otras vivencias nos transformamos extendiendo nuestra conciencia hacia lo que denominamos «Realidad».* Son, por lo tanto, *vivencias no-duales. Dichas vivencias se consiguen a través del ámbito femenino del SER.* Con ello queremos indicar que, aunque las barreras creadas entre el yo-sujeto y el mundo-objetual son construcción propia, desde el ámbito de la feminidad aceptamos que somos parte integral de la realidad y que ella es parte integral nuestra. El cambio hacia una vivencia no-dual de la realidad se produce cuando generamos en nuestro interior una *aptitud RECEPTIVA y empática*, abierta a la realidad. Desde esta aptitud femenina somos capaces de captar nuestra identidad con el mundo, y por ello mismo *EMPATIZAR CON EL «MISTERIO» DEL SER.* En esta experiencia se produce una superación momentánea de las fijaciones dualistas, y se provoca una vivencia de apertura no-dual, de fusión sujeto concedor y objeto conocido.

5.3. *La feminidad como connaturalidad*

El proceso del saber onto-noético consiste en una *identificación* del experimentador con los diversos estratos o ámbitos del SER (ya sean animados o inanimados, fenómenos humanos o naturales) A esta identificación la llamamos *connaturalidad*. «Connaturalizarse» implica «CONVIBRAR», es decir, vibrar en y al UNÍSONO. ¿Y qué es lo que «suenan» uno?: la conciencia del ser humano y «LO INTERIOR» de las cosas, pues ambos no son más que dos aspectos manifestados de la misma realidad: la Conciencia Originaria. Y en esa sonoridad-una el ser humano toma conciencia de Ella¹³.

13 «Tanto en la poesía de Whitman, como en la de Matthew Arnold se habla del poeta que contempla el mundo tan nítidamente como lo contemplan los dioses, pero también lo contempla de manera muy diferente en la medida en que se identifi-

La connaturalidad provoca una vivencia *sintetizadora holística*. Sintetizadora porque no descuartiza la realidad sino que la ve en conjunto, como entidad esencial; y holística porque al basarse en la visión nodual percibe la realidad como un todo cuyas partes están interconectadas de tal manera que en cada parte se encuentra «por completo» el todo.

La experiencia holística provocada por la vivencia de connaturalidad trae consigo una visión del Universo como una *Gran «Mente» Autoconsciente*. Y es admirable, hasta cierto punto, que la Física Cuántica actual (la ciencia basada en patrones ideológicos patriarcales) descubra que el mundo conocido se comporte, ni más ni menos, como una gigantesca conciencia, con pautas de acción holográficas: todo está en todo y en cada parte. Esto es la base evidente de que LO INTERIOR de las cosas pueda ser conocido (descubierto, sabido) por el interior del ser humano, por la simple razón de que *ambos interiores están hechos «de la misma madera»*. De ahí que la connaturalidad sea un modo esencial y necesario de conocimiento, y propio del aspecto femenino del ser humano¹⁴.

ca y sufre con lo que contempla. En el poema «Parrandista extraviado» expresa: «Un precio tan alto exigen los dioses por el canto que llegamos a ser lo que cantamos». El precio consiste en llegar a ser y luego expresar lo que llegamos a ser en función de los símbolos más poderosos y penetrantes; es cosa de encontrar un equivalente simbólico de la inmediata experiencia de la simpatía y colocarlo de la manera más noble y bella». (Aldous Huxley, *La situación humana*, Edhasa, Buenos Aires, 1979, 214-215). Este «Equivalente simbólico de la simpatía» es en Estética Originaria la «Connaturalidad» por «convibración».

14 «Para la sabiduría de connaturalidad se precisa la aptitud,/ que es activamente pasiva y pasivamente activa». «El barrunte del ser vario/ se opera por intuición./ Pero la fusión en él,/ por connaturalidad./ Lo originario, lo previo, la comunión/ y el Señor,/ se cumplen de esta manera/ en este retroprogreso/ de connaturalidad». «La connaturalidad/ descubre el parentesco del origen,/ una vez que el desencanto hizo catarsis profunda/ en la negatividad que cristaliza y redacta/ los límites a la orilla./ La connaturalidad/ mantiene la afinidad positiva,/ en la cara del anverso,/ de toda carencia y límite en la cara del reverso,/ (...) La conspiración asuncional/ de los abstractos y absolutos/ de estética originaria/ se mantiene y amamanta de connaturalidad». «La emoción originaria,/ que es el alma de la estética,/ y es connaturalidad,/ pretende adelantar el reloj de la razón/ a la intuición». «La inte-

5.4. *La feminidad como aptitud deponente o receptiva*

Cuando el ser humano prefiere mirar (sin ver) hacia afuera para encontrarse con la objetividad del mundo, se torna miope (por arrogancia y orgullo del ego) para la Verdad. Es tan sólo abandonando la pre-potente actitud masculina del ego, «que quiere conocer para dominar», cuando surge la aptitud femenina que *se entrega para ser, conocida*. Esta aptitud femenina del ser humano es la DEPONENCIA ONTONOÉTICA. Aptitud en la que el objetivo no es ninguna meta final, sino el «proceso» de ser conocido (Ser, Conocido) por Ella.

La Deponencia Ontonoética consiste en un *dejarse hacer* desde la capacidad «criadora» de la feminidad, desde la inmanencia en la trascendencia. Tan sólo en ese dejarse hacer (donde queda consumida toda intencionalidad racional y egótica) el individuo se sumerge en el ámbito de lo Femenino Originario. Todo ser humano que desarrolla la Deponencia Ontonoética desde su feminidad puede zambullirse en lo inmanifestado para descubrir el ANVERSO del SER. Para ello es necesario el trance ontonoético del pathos, es decir, padecimiento desde el ser y el saber para recuperar en cada uno de nosotros la armonía total con el Universo, dejar al ser que sea para que se desvelen pinceladas de lo originario: la Conciencia Criadora. Este trance sólo es posible, en la intimidad de cada persona, en su aptitud de deponente feminidad.

5.5. *La feminidad como fluvialidad del ser*

El pensamiento presocrático de filósofos como Heráclito, Pitágoras y Anaximandro sobre la naturaleza fluida (en transformación continua)

gración en el ser/ es el momento criador./ Plenitud integradora de connaturalidad». «La connaturalidad/ en quien pone la estética originaria/ la fuente de la intuición/ es sobrenaturalidad./ (...) Retroprogreso incesante a ese manantial de origen/ por obediencia de escucha». «La cosa en sí» de Kant,/ que nunca es inteligible,/ porque tan sólo es sabible./ Sabible, escuchable, admirable,/ es sintonía ontonoética/ de connaturalidad a quien da la deponencia». (Pérez Gago, *A la escucha de la luz*, o. c., Vol. I, 120; Vol. II, 36, 110, 202; Vol. III, 37, 332, 367).

de las cosas, no se encuentra alejado de la propuesta de la característica que a continuación vamos a plantear sobre la feminidad.

No sólo entre los presocráticos, sino también en el pensamiento chino aparece la idea de la *no-permanencia o fluvialidad de la naturaleza*. La vivencia central de la idea de no-permanencia es la vivencia de la MUTACIÓN, que supone una constante conversión de las energías universales (Yn y Yang; mudanza, gracias a la cual se construye la existencia). Lo fundamental no es el objeto o la entidad «fija», sino el *proceso* de cambio en que consiste, en realidad, esa supuesta entidad fija. Y en el mismo proceso, esa entidad está inscrita. Dicho proceso de cambio o mutación no es absurdo sino que está subordinado a una ley universal inmutable: el sentido o TAO¹⁵. La mirada de quien ha reconocido la mutación, ya no se detiene sobre las cosas singulares que pasan con el fluir de la corriente, sino que se dirige hacia esa *ley eterna inmutable* que actúa en toda mutación. Esta ley es el FLUIR CONTINUO DEL SER, la Fluvialidad de lo UNO que se manifiesta en toda la multiplicidad del mundo.

Semejante idea se encuentra también en el pensamiento de la India (sintetizado en los Upanishadas). En él se habla de la falsedad engañosa del mundo sensible que aparentemente está formado por entidades estáticas, y que en esencia tan sólo existe una no-permanencia de dichas entidades. En la Estética Originaria la realidad se concibe como un continuo devenir que en el fondo es un CONTINUO DE-IR hacia el centro originario. Proponemos que este DE-IR es propio del aspecto femenino del ser humano, que ese fluir continuo es el ANVERSO del SER, y que la no-permanencia de las cosas es característica fundamental de la Feminidad del Ser¹⁶.

15 Recordemos el planteamiento heracliteano del devenir de la naturaleza subordinado al Logos, o el de los estoicos con una afirmación similar.

16 «La fluvialidad es la orientación del ser», «Dentro del hombre se creía la fluvialidad del ser», «El misterio es inmersión en la fluvialidad del ser», «Eurídice es fluvialización», «El autor vive en fluvialidad en el ser». «El corazón es fluvialidad». «Fluvialidad, instante de sentirse el ser hacer». «La fluvialidad del ser =latido, vida del misterio», «La biografía del ser es fluvialidad», «El infinito ya fluye en fluvialidad», «El aseo ontoonóico es en la fluvialidad madre», «En los órficos la esencia es fluvializada». (Santiago Pérez Gago, *Semblante órfico*, 102, 128, 131, 157, 175; *Orphicos*, 82; *Deponencia ontoonóica*, 80; *Estética originaria*, 175, 210, 211, 240, 379).

Podremos captar ese fluir en el momento en que partamos de la aptitud femenina, porque en ese momento se produce la vivencia de connaturalidad, que conoce (sabe) las cosas no de modo analítico (en compartimentos estancos) sino de modo dinámico (en proceso continuo). Esta captación de la realidad de modo dinámico ya fue propuesta por algunos autores de la historia del pensamiento europeo. Podemos recordar la idea de DIALÉCTICA, tal como aparece en Platón o en Hegel. Sin embargo, la noción de DE-ÍR, excede toda dialéctica, más la de Hegel que la de Platón. De-ír implica aptitud femenina con las cualidades que hemos indicado en líneas anteriores, una vuelta a lo originario, a la Conciencia Originaria, y sólo es posible en un estado ontoonético que precisa el desarrollo de la feminidad del ser.

6. SENTIDO DE LA ENERGÍA «KUNDALINI» EN LA SABIDURÍA DEL YOGA

En todas las tradiciones donde se habla de la kundalini, ésta aparece con carácter femenino: la kundalini *no es EL Poder Creador, sino LA Fuerza o Energía Creadora*. El paradigma de nuestra actual cultura apenas sí tiene historia. Nada comparado con tradiciones milenarias, como el Taoísmo que tiene sus raíces 5.000 años atrás, o el Hinduismo. Ambas filosofías profundizan en la esencia del ser humano y reconocen en él una poderosa energía creativa que llaman kundalini, bautizada recientemente en Occidente con el nombre de libido, y asociada erróneamente al instinto sexual. La kundalini o libido es, más allá de fáciles etiquetas relacionadas con el sexo, *la fuerza creadora expresada a través del ser humano, y mediante la cual puede dar lugar a unas circunstancias tan diversas como engendrar un hijo, experimentar una emoción sublime, tener un pensamiento mezuquino, o devenir esclavo del miedo, por citar algunos ejemplos.*

Las teorías sobre la Kundalini afirman que esta es una insospechada energía que late dormida en el ser humano y que se identifica con LA FUERZA CREADORA de la realidad. Se interpreta a esta energía como el *aspecto femenino de la divinidad que yace en el interior del indi-*

viduo. No se sabe afirmativamente si la kundalini tiene que ver exactamente con la libido propuesta por Freud. Lo que sí sabemos es que, desde las tradiciones filosóficas ya religiosas que hablan de ello, la kundalini, en el nivel fisiológico, se encuentra ubicada en el extremo inferior de la columna vertebral, y allí espera ser despertada (exactamente espera ser «conscienciada»). Podemos admitir que la energía creadora del Universo reside en el ser humano para despertar gracias a la vivencia no-dual. En este sentido la kundalini entra a formar parte en muchas de las experiencias de *alteración de la conciencia*, y de *alteración de la identidad-de-yo* (que denominamos ASC y ASAC respectivamente). Cuando el individuo experimenta estos niveles superiores de conciencia (normalmente en una vivencia mística —de disolución del ego en la totalidad—, estética, o similar), en algunos casos, su descripción fenomenológica de la experiencia hace referencia a la «*ignición*» de una *energía femenina* que se identifica con la esencia generadora del universo, que provoca en el individuo una absorción en LO ABSOLUTO, y que *desarrolla una potenciación insospechada de la capacidad intuitiva del sujeto*.

La vivencia, por parte de un ser humano, del despertar de la kundalini suele venir acompañada de profundas conversiones «re-religiosas» o de un acrecentamiento de la comprensión del mundo y de los problemas más fundamentales con los que el ser humano se enfrenta a lo largo de su vida: la muerte, el dolor, el sentido de la existencia, etc. Los escritos de los sujetos que han experimentado este despertar indican un *contacto directo con la VERDAD*¹⁷, o lo que ellos en ese momento experimentaron como tal, pero que en cualquier caso coincide con las intuiciones más profundas que, sobre la esencia de la realidad, ha tenido la humanidad a lo largo de toda su historia.

17 «La experiencia del despertar de la kundalini puede acaecer de modo espontáneo o como resultado de una larga y exigente disciplina fisiológica y espiritual. La experiencia es siempre similar y las descripciones que de ella existen coinciden siendo independientes de la procedencia cultural, religioso o filosófica del individuo. Para una ampliación de este tema pueden consultarse las obras: Gopi Krisna, *Kundalini: el yoga de la energía*, Kairós, Barcelona, 1988, 249; Sir John Woodroffe, *El poder serpentino*, Kier, Buenos Aires, 1979, 389.

Es interesante saber que dichas tradiciones identifiquen esta energía, como ENTIDAD FEMENINA, con la fuerza creadora en todos los aspectos del nivel óptico: la fuerza creadora-engendradora de la especie humana (la sexualidad); la fuerza creadora-artística del individuo (la estética); la fuerza creadora-formadora del cosmos (la divinidad).

A partir de esto nos planteamos las siguientes preguntas: ¿Será posible que la misma energía creadora del universo (Conciencia Originaria, Tao, Uno...) resida en el ser humano a la espera de ser despertada (iluminada) en forma de Kundalini (pura energía)? ¿Será posible que las manifestaciones intuitivas sean una manera de desarrollar esta fuerza creadora? ¿Cabría entonces afirmar, no que el ser humano posee dicha fuerza creadora, sino que es ella quien envuelve y cría en su seno a todos los seres humanos? Si esto es así podríamos afirmar sin equívoco que *la misma fuerza que emana el Universo por plétora, es la fuerza que subyace en el interior del ser humano a la espera de ser despertada y que, a su vez, es la responsable de los momentos de creación más genuinos*. Recordemos la tesis de la Estética Originaria: «toda verdadera poesía está inspirada por Dios»; recordemos la tesis de Goethe: «la naturaleza es la vestimenta viviente-evolutiva de Dios»; recordemos la tesis de Huxley: «el arte es un puente tendido a lo supraconsciente del ser humano». *En el fondo existe un ámbito de incesante fertilidad, la divina feminidad, o aspecto no-nato del SER.*

INMACULADA TERÁN SIERRA
Instituto Candavera. Candeleda (Ávila)